

No tengamos miedo. La Sagrada Familia nos obtendrá de Dios el coraje y la generosidad necesaria para que la reconquista de las familias para El sea prelude y anticipo del establecimiento de su Reinado Social en el mundo entero.

JAVIER ANDRÉS FERRER.

## HOMILIA DEL P. AGUSTIN ARREDONDO, S. J.

*El espíritu de la Iglesia en este tiempo final del año litúrgico se ve afectado por la idea de una gran liquidación. Liquidación también individual, pero sobre todo liquidación de toda una gran colectividad. Y esta colectividad ya sabemos que es doble; la del pueblo judío, aludida mediante ciertos datos a ella pertenecientes con toda claridad; y la colectividad de la humanidad entera al fin de los tiempos, realizada con la segunda venida de Cristo.*

*La primera ya pasó; y siguieron las crueles persecuciones, casi tres veces seculares, en que se encontró especialmente suelto en aquel mundo «el dragón, que es la antigua serpiente, el diablo o satanás» del Apocalipsis, arrojado por fin con cadenas al abismo para mil años (Apoc 20,2s). Desde los tiempos de Constantino, se dice ahora por muchos que vive la Iglesia esos mil o gran número de años, en los que el enemigo no tiene tanto poder como tuvo para «extraviar a las naciones», y el grano de mostaza de la Iglesia logra prender en naciones y continentes mediante su firme asiento en multitud de corazones.*

*Descartado oficialmente por la Iglesia el llamado milenarismo, que creyó ver anunciada en el Apocalipsis una venida de Cristo para vivir en la tierra en vísperas del fin último esos mil años de paz y reino público de Dios, se nos sugiere la conciencia de que estamos en ese período milenarismo, previo a la libertad interina que volverá a dársele el dragón por un más corto tiempo, antes de la liquidación definitiva del mundo.*

\* \* \*

*Nuestro puesto es indudablemente el de quien prepara semejante liquidación. Bien nos habla de ella con Juan el también apóstol Pablo repetidamente. Es ese «Reino de Dios» (Lc 21,31), cuya cercanía, presentimos, como la madurez de la higuera por sus brotes. Si ha de presentarse repentinamente, y se nos encarga por ello vigilar, luego la actitud nuestra es la propia de quien lo tiene próximo (Lc 21,31ss); y esta actitud no puede extrañarnos que se refleje en nuestro empeño por una Ciudad Católica.*

*«Fijaos en la higuera», hemos oído; fijaos en la Ciudad Católica —tenemos que oír—, que tanto más acertará en su andadura cuanto más se oriente, como la higuera, hacia su siempre progresiva madurez.*

*Como la higuera. Porque no hay que forzar la alegoría, para descubrir en los amigos de la Ciudad Católica características significativas que*

nos permiten compararlos con dicho arbusto en un sentido, aunque traslaticio, legítimo.

\* \* \*

Porque la higuera es efectivamente árbol de grato olor, lugar de sombra y serenidad, que invita a una paz tranquila bajo sus hojas, y que crece irresistiblemente por virtud de su dinamismo vital.

En primer lugar, nos deleita la higuera en sazón con su típico olor. Ni nuestra concurrencia en esta casa sería nunca capaz de disimular el aroma atractivo de vernos, hablarnos, convivir y sintonizar un fin de semana siquiera cada año. El eco de los comentarios y actuaciones de unos y otros que de lejos nos llegan a los demás frecuentemente, es aquí experiencia presente que nos perfuma estos días y nos anima a seguir después nuestra tarea.

Es también la higuera lugar de sombra y descanso, frente a las agresivas invasiones que, cargadas de voltaje y pasión, irrumpen y alteran la serenidad y rectitud exigidas para acertar en nuestro paso por la vida. La consideración serena del panorama patrio que aquí contemplamos en estos días, y el repaso de los criterios, callados pero seguros, de la doctrina de la Iglesia, requieren el estudio reposado y conjunto por parte de los que confluimos en estos estimables encuentros.

También nos hablan los Sagrados Libros de la tranquilidad y paz de los años de Salomón, o del Simón de los Macabeos, con la frase tal vez corriente de que cada uno se sentaba bajo su higuera (IReg 4,25; IMac 14,12); igualmente bajo la higuera dirá Jesús haber visto a Natanael (Io 1,48 y 50). Se trata de un árbol que les era familiar; posiblemente símbolo de la vivienda, cabe la cual de ordinario vegetaba, hasta haber convertido en sinónimos el nombre de la higuera y el de la vivienda o casa a que pertenecía: algo así como hoy nombramos el hogar para designar la casa o familia. Higuera, pues, y hogar es lo que a nosotros nos une en vivencia y quehacer unánime y estable por una Ciudad Católica que, al querer hacerla vivir, también ella nos da una razón para vivir a nosotros.

En fin, higueras vemos que existían hace tres mil años; y siguen existiendo, procedentes de ellas, las higueras de hoy; porque han seguido «echando brotes» y brotes, con indomable terquedad, con eficacia imperterrita. Prenuncio de la próxima primavera, como lo son de la sociedad que se avecina los crecientes brotes que nuestra labor impulse. Influidos en el futuro a medida de nuestro tesón; y los brotes que nuestra vitalidad vaya produciendo aquí y allí, son augurio del Reino de Dios que Cristo dijo que está cerca. Dijo luego: «el cielo y la tierra pasarán; mis palabras no pasarán». (Lc 21,23). No pasarán, pues, nuestras convicciones en la medida en que logramos identificarlas con las del único que es Maestro.

\* \* \*

La advertencia de Cristo, «fijaos en la higuera», podemos pensar que es hoy aquí para nosotros «fijaos en la Ciudad Católica». El se fija ciertamente en ella. Creemos que en nuestra obra se complace. Quiere que hagamos aquella ciudad que no puede esconderse, porque está puesta sobre la cima de un monte (Mt 5,14); hasta que le llegue la hora de ser transformada en «la ciudad santa, la nueva Jerusalén», que vio Juan «que descendía del cielo enviada por Dios» (Apoc 21,2), que tratamos

*nosotros de remedar ahora, como medio infalible para entonces habitarla eternamente.*

*Por esta ciudad de aquí aunamos nuestros afanes, y unimos nuestras oraciones; por la de después suspira nuestra esperanza, se orienta ciertamente nuestro derrotero, confiamos alegremente estar escritos en «el registro de los vivos» (Apoc 20,12), y tenemos la convicción de merecer, si somos fieles, la mirada complaciente del que apareció «sentado en el trono blanco y grande» (Apoc 20,11), cuyo Reino no tendrá fin.*

## HOMILIA DEL P. MANUEL MARTINEZ CANO

*Queridos hermanos en los purísimos corazones de Jesús y María: nuestra XXXIII Reunión de amigos de la Ciudad Católica, siguiendo el deseo de Su Santidad Juan Pablo II, que ha proclamado 1994 «Año de la Familia», tiene como tema central la Familia. Nos hemos reunido para estudiar los fundamentos naturales, sociológicos y divinos de la célula básica de la sociedad, y los enemigos que pretenden destruirla.*

*La reunión de El Cairo promovida por los espíritus malignos ha sido la batalla en la que el enemigo ha asestado un duro golpe a la familia. Pero la guerra sigue, y los batallones permanentes de esta guerra satánica luchan diabólicamente las 24 horas del día y los 365 días de año. No duramos nosotros.*

*Los organismos públicos que sistemáticamente luchan contra la familia son: Banco Mundial, Fondo de Naciones Unidas para la Población y el Desarrollo, Organización Mundial de la Salud (patrocinó y financió el hallazgo de la píldora RU486), UNICEF, Informe Estadounidense KISSINGER (De 1974, publicado en 1990 que contiene las directrices de la política norteamericana exterior de control demográfico y promoción del aborto). Y las instituciones privadas son: Federación Internacional para la Planificación Familiar, Fundación Ford, Fundación Rockefeller y la Fundación Pattfinfder. Poderosos enemigos que no deben acobardarnos ni inquietarnos.*

*Lo que sí debe preocuparnos a los católicos es nuestra propia vida cristiana, nuestra vida divina. Dios es familia y nosotros hemos sido llamados a participar de esa vida divina. ¡Qué maravillosamente lo expresa Trinidad Sánchez Moreno!: «Dios es familia divina, Hogar eterno en el cual el Padre y el Hijo se abrazan, se besan, se aman tan infinita y perfectamente, que su Beso, su Amor, es tan acogedor, tan infinito y tan eterno, que, siendo parte de la Familia Divina, es un Persona. Y ya el Padre y el Hijo, por exigencia de serse amor de paternidad y de filiación, están eternamente acompañados por su mismo Amor en persona.*

*¡Oh familia Divina, tan acompañada, tan unida, tan eternamente amada, que, en un abrazo de unión perfecta, te besas en fecundidad infinita de unión unicísima...! ¡Hogar hogareño de calor divino...! ¡Hogar perfecto de unión eterna en Beso de amor...!*

*Si Dios no fuera familia, no sería feliz, no sería dichoso, y entonces no sería Dios. Él necesita serse el Hogar Divino, y se lo es; Hogar de familia que, en perfección, se es tres. Dios no podía serse ni más Familia que es, ni menos. Si así fuera no sería feliz, no sería Dios. Trinidad de tan perfecto acuerdo, de tan perfecta unión, que en tres Personas, se es un Dios.*